

Sobre *Ixcán: Masacres y sobrevivencia* de Ricardo Falla

José Luis Rocha*

Conocí este texto de Ricardo Falla en 1989. Estaba oculto en las catacumbas de una comunidad jesuita en Nicaragua, donde el régimen sandinista –que estaba al borde de su colapso– lo libraba de persecución. Estuvo ahí entre 10 y 15 años. Allí no corría riesgo de ser requisado, sometido al escrutinio policial o quemado. Formaba parte de cinco abultados folders mecanografiados que su autor o algún buen amigo había disimulado entre miles de otros papeles en un desvencijado archivador metálico. Era una investigación impublicable, escrita por una leyenda viviente que todavía acompañaba a las Comunidades de Población en Resistencia (CPR). Su autor estaba, pues, menos visible que su obra, pero expuesto

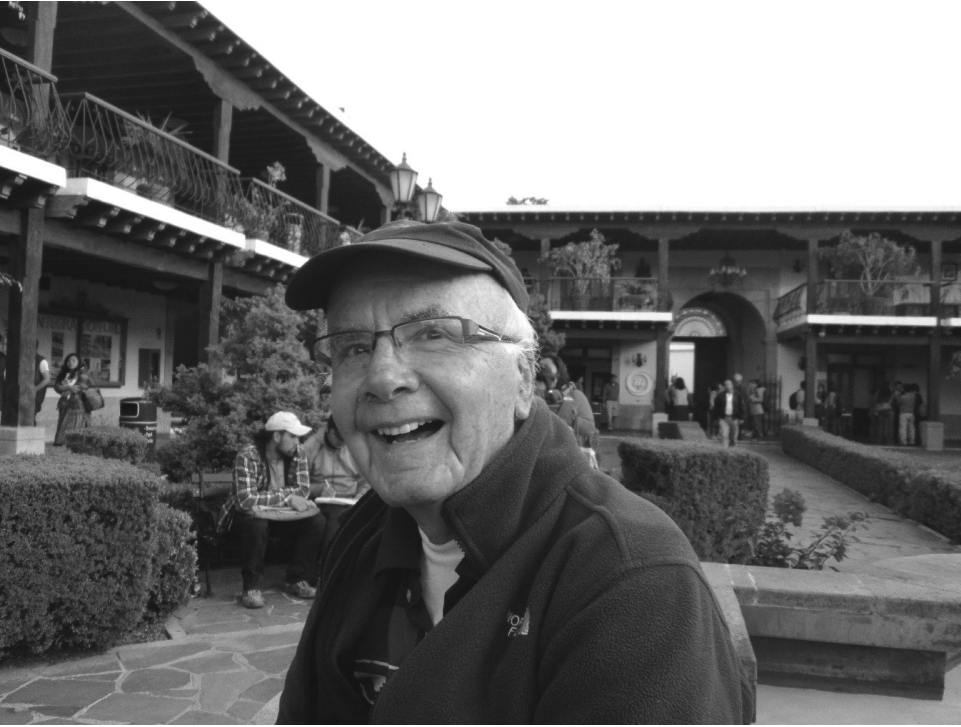


* Instituto de Investigación y Proyección Social sobre Dinámicas Globales y Territoriales – IDGT de la Vicerrectoría de Investigación y Proyección (VRIP), Universidad Rafael Landívar, Guatemala.

a mayor peligro. Dicho con una palabra caída en desuso: ambos estaban en la “clandestinidad”. Estas circunstancias envolvían el texto en un halo de secreto que daba a su lectura morbo y vértigo. Me lo prestaron por muy pocos días y sólo pude leer lo suficiente para querer más y saber que estaba ante una obra imprescindible para que los centroamericanos sepamos quiénes somos y de dónde venimos. Quizás este texto ya nunca más recupere esa condición de ánfora escondida, de fruto prohibido, que lo marcó en su nacimiento y conservó durante décadas. Pero apelando a ese furtivo origen, invito a sus potenciales lectoras y lectores, particularmente a las y los jóvenes que quieren conocer su historia y ansían una Guatemala mejor que la que ahí se describe y la que de ahí pudo emerger, a devorarlo en olor de subversión. Ninguna de sus páginas los dejarán indiferentes.

En notables libros que analizan el mismo período histórico las masacres de las que fueron víctimas los pueblos mayas son apenas una cifra, un par de frases, un párrafo, un capítulo. Aquí son 700 páginas. El racismo está en cada una como fuerza envolvente, omnipresente aunque no siempre explícita. Es la causa eficiente de las masacres. El ejército fue sólo la causa material. Los testimonios son extensos y a menudo prolijos. Algunos son desgarradores. “Este libro está bañado en lágrimas”, advierte su autor en las páginas finales (Falla, 2016, p. 669). Ricardo Falla no nos ahorra el horror que debió escuchar y sus informantes padecer. Todo lo contrario: lo repite en una trayectoria espiral que retoma, añade y se expande. Las reiteraciones cumplen la función de validar los hallazgos cotejando y optando por la versión más verosímil, pero también surten un efecto retórico para que el mensaje medular –del que Falla es un portador- penetre con fuerza trepanadora.

Pero ese efecto puede diluirse si las y los lectores toman distancia de los hechos y el espíritu que anima al autor. En un mundo donde lo nuevo ha sustituido a lo bueno como cúspide en el sistema de valores, un libro de hace 30 años puede correr el riesgo de convertirse pronto en pieza de museo, valiosa como un códice maya pero inocua como una estela con jeroglíficos ininteligibles. El estatus político de este libro está en cierto modo dado, pero también por construirse. Su actualidad parece firmemente establecida porque las masacres que analiza están demasiado frescas: miles de sobrevivientes y de familiares con parentesco cercano a las víctimas viven aún y cargan con el dolor y el horror, y reclaman justicia y cambios. Pero también hay una parte de Guatemala que quiere o incluso cree haber pasado la página y encaminarse hacia un ilusorio borrón y cuenta nueva. Incluso hay una Guatemala que siempre vivió prestando oídos sordos a la represión, inmersa en los “ensueños blindados” que dan título al documental en que Mikael Wahlforss registra este fenómeno de ceguera e indiferencia. Este presente de audiencia fragmentada impone las coordenadas del texto. El significado del texto en esas coordenadas lo ordeno según las categorías temporales de Agustín de Hipona, que entendió el presente como centro gravitatorio del tiempo, dividido en presente del pasado, presente del presente y presente del futuro, o bien, memoria presente de lo pasado, intuición presente de lo presente y expectativa presente de lo futuro (San Agustín, 1957, p. 665).



Ricardo Falla en el Campus de Quetzaltenango de la Universidad Rafael Landívar, Guatemala.
Foto: José Luis Rocha

Presente del pasado

El presente del pasado es la interpretación del pasado que Falla expone en el presente. La división de la potencial audiencia y de los intérpretes sitúa al libro de Falla en los combates por la historia, como diría Lucien Febvre (1982). Las guerras primero se libran en las montañas a balazos y después en aulas y congresos a librazos. Primero con sangre y después con tinta. La Revolución francesa y la Guerra Civil española han sido extendidas por los historiadores. La frescura de la primera fue subrayada por el Primer Ministro chino Zhou Enlai en 1953, cuando un periodista le preguntó qué pensaba sobre la misma: “Todavía es muy pronto para decirlo”, fue su respuesta de esfinge (Žižek, 2010, p. 5). Eric J. Hobsbawm (1990, p. 92) detecta en las sucesivas revisiones y declaraciones extremistas sobre la Revolución francesa un síntoma de que no estamos ante meras emociones académicas. La figura de Robespierre sigue siendo musa de extremas polarizaciones (McPhee, 2012, p. XVII). El historiador Francois Furet (1980, p. 11) se lamenta de que “el historiador de la Revolución Francesa no sólo tiene que ser competente sino que debe presentar otros títulos. Debe anunciar sus opiniones. Ante todo debe indicar desde qué punto de vista habla, qué es lo que piensa y qué es lo que busca; y lo que escribe sobre la Revolución posee un sentido previo al trabajo mismo: se trata de su opinión, de aquel juicio que no es obligatorio tener sobre los merovingios, pero que es indispensable poseer sobre 1789 o 1793.” La vitalidad de la Guerra Civil española fue patente cuando el historiador británico

Paul Preston (2013, p. 11) advirtió sobre “el laberinto bibliográfico creado por el hecho de que la Guerra Civil Española seguía librándose sobre el papel.”

La revivificación historiográfica de las guerras es una tarea preñada de significado. Se trata de restituir un lugar en la historia, de dotar de un sentido a las vidas machacadas y salvar del olvido. Lo confiesa Falla para justificar el minucioso fervor con el que consigna nombres y apellidos, parentescos y edades: lo hace por respeto a las víctimas y a sus descendientes, porque “cada nombre es una persona y una constelación de gente” (Falla, 2016, volumen 4-a, p.158). Ya lo había explicado en *Historia de un gran amor*: “yo parecía ante ellos [las y los testigos] como un juez que debía hacerles justicia al transmitir su palabra, (...) salí con una responsabilidad ante los hombros, la de contar a otros lo oído” (Falla, 2006, p. 19). Pero la historia no sólo es una oportunidad de reivindicar sujetos individuales y grupos. También ofrece una síntesis de lo que sucedió, una versión de los hechos en la que una comunidad nacional o étnica puede o no reconocerse. En el caso de *Ixcán: Masacres y sobrevivencia*, la vitalidad y la polarización en que se mueve son más rutilantes porque aborda el tema de las masacres y los usos jurídico-políticos de ese pasado –en concreto, su tipificación como genocidio- pueden tener consecuencias sobre el castigo de los verdugos y el destino de Guatemala en el presente.

Falla fue el primero en pedir en 1983 –ante el Tribunal Permanente de los Pueblos en Madrid- que se condenara al régimen de Ríos Montt por genocidio “en sentido estricto de la palabra” (Falla, 1983). Y aunque este libro no se propone – como finalidad primordial – pronunciarse al respecto (de hecho, la rebasa, como con mucho acierto señala Sergio Palencia en el prólogo) (Palencia, 2016, p. XXXI), toda su abrumadora evidencia apunta en esa dirección. Y por eso se sitúa en un debate erizado de negadores del genocidio. David Stoll, rebatido vehementemente por Victoria Sanford, es quizás el más conocido, pero no el único. El espectro –entre los académicos- va desde quienes sólo se limitan a negar que las masacres puedan ser tipificadas como genocidio hasta quienes las equiparan a los asesinatos cometidos por la guerrilla, y las insertan en el toma y daca entre ejército y guerrilla, explicándolas como un elemento más de la ubicuidad del belicismo, una atmósfera donde nadie podía permitirse el lujo de distinguir entre santos y pecadores, pero donde las acciones provocadoras de la guerrilla fueron el detonante primigenio (Sanford, 2004, p. 7). Carlos Sabino (2008, p. 325), historiador argentino, ex izquierdista convertido al capitalismo, miembro del Center for Global Prosperity que dirige Álvaro Vargas Llosa y autor de *Guatemala, la historia silenciada*, asegura en ese libro que la “impotencia, ignorancia y deseos de venganza fueron los combustibles que alimentaron las masacres. No el deseo de hacer desaparecer a ningún grupo étnico” y cuestiona la imparcialidad de Falla: “El Padre Falla (...) sólo relata las acciones violentas realizadas por el ejército y explícitamente deja de lado las cometidas por la guerrilla –en una curiosa forma de buscar la ‘imparcialidad’...” (Sabino, 2008, p. 372). La imparcialidad no era posible ni deseable en las condiciones en que este libro fue escrito y su material acopiado. “No se puede ser imparcial en un tren en marcha”, dijo el historiador Howard Zinn (2002). Falla no podía serlo sobre la marcha fúnebre de las masacres. Sin embargo, como expondré adelante, parcialidad no es sinónimo de carencia de objetividad. Falla declara su parcialidad al explicitar el punto de partida de su análisis: “la guerra contrainsurgente del Ejército fue una guerra contra

el pueblo y los intereses de la mayoría y, por tanto, injusta. Allí se encuentra la raíz de las violaciones. Si no se acepta este punto de partida, se cae en una casuística de la que siempre se excusan las acciones de los militares como necesarias para el fin de la pacificación pretendida por ellos” (Falla, 2016, volumen 4b, p. 636).

Sobre este punto de partida Ricardo Falla detalla los efectos de la voluntad de exterminio de pueblos enteros, la destrucción de sus medios de vida y, sobre todo, de su semilla: “¿Por qué mataban los soldados a niños inocentes? Éste era un elemento contenido en los operativos de la ofensiva (...) No podía ser accidental. Se había hecho en la Nueva Concepción de Cuarto Pueblo, en Cuarto Pueblo mismo (...) para sólo mencionar los casos mejor documentados. (...) Pero no tenemos información del Ixcán para comprobar cuáles eran las intenciones genocidas del Ejército al matar niños. De otras zonas sí sabemos que el Ejército antes de masacrar amenazó a la población de destruirla ‘hasta la semilla’, si no dejaban de apoyar a la guerrilla. La semilla eran los niños, aunque fueran ‘tiernitos’ de pecho” (Falla, 2016, volumen 4a, p. 361).

El tema del genocidio no es el único en disputa. Existen otros no menos candentes: la formación y el rol de las Patrullas de Autodefensa Civil, la continuidad o no de las políticas de tierra arrasada durante el régimen de Ríos Montt que pretendió maquillarse de benefactor, el carácter indiscriminado de las masacres y la naturaleza forzada o no de las aldeas estratégicas (Sabino, 2008, pp. 314, 321 y 324-325). También se debate el valor y las dimensiones de las Comunidades de Población en Resistencia que según Yvon Le Bot (1995, p. 202) no tenían más papel y significado que el de mantener “las apariencias de una base social de la insurrección”. *Ixcán: Masacres y sobrevivencia* ofrece datos firmes y análisis sobre todos estos temas que siguen siendo debatidos con algo más que emociones académicas. ¿Cómo fueron recogidos esos datos? Al pie de la horca. En los escenarios del terror. Golpe a golpe y muerto a muerto. A veces basta un chispazo para el hallazgo medular: “Desde un solo caso, entendí cómo funcionaba el genocidio guatemalteco. Consistía en matar al pueblo hasta la semilla: es decir, hasta los niños, que no podían ser enemigos políticos de una comunidad” (Falla, 2015, p. 89). Pero al chispazo se llega tras una paciente labor de búsqueda. La objetividad, un prurito que tiene Falla como científico social, busca destilarla con los más diversos recursos de la investigación cualitativa: el hilo conductor (la pregunta básica), las entrevistas a decenas de informantes, la construcción de una cronología día a día e incluso hora a hora, los mapas y croquis que sitúan el escenario para que los relatos tengan consistencia espacial, el conocimiento por ósmosis (la inserción para ponerse en los zapatos del otro), el que ahora llaman diálogo ero-epic (conversación libre durante horas y en varios encuentros)¹, la confrontación de unos testimonios con otros. Este texto parte de los árboles (las tragedias individuales, el dolor de algunas personas descrito con toda su crudeza), sin perder de vista el bosque (los patrones de las masacres) para descifrar, en su sistematicidad y sus tendencias, los fines y sus consecuencias, que no necesariamente coinciden con la intención ni los motivos. Aunque Falla privilegia un enfoque emic (desde el punto de vista de los protagonistas), no renuncia al

1 Ver, por ejemplo: Roland Girtler, *The Ten Commandments of Field Study*, <http://www.qualitative-forschung.de/en/fqs-supplement/members/Girtler/girtler-10Geb-d.html>

enfoque étic (cotejar con otras fuentes documentales).

Estos recursos le permiten penetrar en las intermitencias de la muerte, las discontinuidades de las masacres, incluso las vacilaciones de los mandos intermedios, todos indicios de que estamos ante políticas, no acciones espontáneas de soldados que obraron por iniciativa propia, bajo el arrebato de sus bajos instintos, aunque muchos hayan incurrido en excesos espeluznantes –violaciones, formas específicas de los asesinatos- que no fueron precisados en las órdenes, pero que cumplieron su función en el teatro del terror. Falla también intenta penetrar en los fines, móviles y métodos de los soldados, pero lo hace sobre un gran vacío: “No podemos resolverlo con datos sólidos, mientras no conozcamos los planes de las tropas y los cambios que sufrían sobre el terreno” (Falla, 2016, volumen 4b, p. 541). También lo señala en otro texto: “Me falta la visión de la otra cara, la del que se considera vencedor: el ejército” (Falla, 2015, p. 91). Esta limitación está en el pasado del texto y afecta sus pretensiones de objetividad en aspectos que podrán ser reparados mediante futuras investigaciones. Habida cuenta de los nexos entre policía y ejército, quizás arroje alguna luz el trabajo de hormiga que actualmente se realiza para poner orden y armar uno o varios rompecabezas con los 88 millones de documentos (7,900 metros lineales de papel) del Archivo Histórico de la Policía Nacional que en 2005 fue descubierto por accidente (Crespo & Asier, 2013, pp. 63-71). Por su parte, Manuel Vela Castañeda (2014) ya realizó un trabajo ímprobo para explicar el surgimiento y forma de operación de los cuerpos represivos que perpetraron el genocidio, pero los aspectos más específicos de su muy bien documentado trabajo se concentran en la masacre en la aldea Las Dos Erres. Se necesita acceso a documentos oficiales y penetrar en la concatenación de la cadena de mando de las masacres del Ixcán para avanzar un peldaño más en la objetividad. Falla alude una y otra vez al carácter un tanto especulativo de alguna de sus suposiciones. Su solución provisional es distinguir entre motivo, intención y consecuencias.

Finalmente, un elemento no menor de la “objetividad” es la retórica, sobre la que se cimenta la posibilidad de convencer. Falla señala que sistematización, análisis y redacción van imbricados y que “la redacción ya lleva un elemento de comunicabilidad más explícito” (Falla, 2015, p. 93). Falla elige un estilo de redacción llano, desprovisto de alambiques retóricos, quizás fiel a su pseudónimo Marcos, porque Marcos fue el más escueto de los cuatro evangelistas. O como Santa Teresa, que decía “no soy tan humilde que quiera ser tenida por tan soberbia” y por eso escribía en una prosa muy directa. Mi percepción al leerlo es que la prosa llana de *Ixcán: Masacres y sobrevivencia*, libre de la jerga académica y de los estribillos ideológicos de la época, dotan a este texto del pasado de una frescura para hablar al presente.

Intuición de lo presente

La intuición de lo presente es el aporte de este libro a la comprensión del presente. Carlos Figueroa Ibarra (2011, p. 89) arriba a una conclusión tenebrosa en *El recurso del miedo*: “La cultura política del terror es una lozana realidad en la Guatemala de hoy. Ciertamente es herencia del pasado, pero también es necesidad del presente.”

La Guatemala del borrón y cuenta nueva niega este aserto. Pero hay muchos indicios de que muchas de las secuelas y precuelas de la era del terror están presentes. Por ejemplo, los dos matagentes descritos por el testigo que Falla presenta como Juan, son destazadores, cortacabezas: “A saber cómo hacen los destazadores./¡Sólo lo embrocán, y tas, el puñal,/ y lo sacan con sangre y lo lamen!/ (El testigo imita el gesto)./-Sabroso el pollo -dicen./ Y lo agarran al otro y al otro.” En un hoyo lanzaban los cuerpos desmembrados, les rociaban gasolina y prendía fuego hasta reducirlos a cenizas (Falla, 2016, volumen 4b, p. 391). Son los predecesores del famoso Pozolero. La alargada sombra de los kaibiles se extiende al narcomundo mexicano de hoy. Las secuelas son numerosas porque las guerras tienen unas ondas de larga duración a las que los acuerdos de paz no pueden poner súbitamente un dique.

Las precuelas, las raíces (el racismo) de las masacres y las heridas están vivas y se han ramificado hacia manifestaciones imprevistas. Cuando el máximo líder y fundador de una megaglesia (Harold Caballeros de El Shaddai) ataviado con traje de fatiga militar irrumpe en el estrado al grito de “¡Vamos a ser Kaibiles por Cristo!” (Lewis O’Neill, 2009, p. 87), declara una opción político-militar sublimada en el plano espiritual y escenifica una banalización de las acciones de los Kaibiles que sólo puede nutrirse del desprecio hacia quienes fueron sus víctimas. A ningún líder religioso se le ocurriría arengar a los fieles diciendo “Seamos la Gestapo, la KGB o el Ku Klux Klan de Cristo” porque el nefasto papel que esas instituciones desempeñaron en Alemania, la URSS y los EEUU está ampliamente establecido.

Si estos exabruptos y ciertas frases, como “Estos indios ya hasta se creen gente”, todavía no pisan el terreno de lo socialmente repudiable es esencialmente porque el racismo que motivó las masacres está vivo. Y es la razón por la cual los indígenas fueron más objeto del terror masivo que del selectivo (Figueroa Ibarra, 2011, pp. 37-38), síntoma de una sociedad escindida entre lo rural y lo urbano, y lo indígena y lo ladino (p. 296). Creo que la tesis de Figueroa Ibarra de que el terror masivo es propio de los momentos de ascenso revolucionario (p. 315) no se cumple siempre. Falla muestra que no hubo proporción entre acciones insurreccionales y terrorismo de Estado (Figueroa Ibarra, 2011, pp. 66-67). En todo caso esa correlación no está tan demostrada como una conclusión que se desprende de *Ixcán: Masacre y sobrevivencia*: el terror masivo se aplicó allí donde se pudo aplicar, donde no se ve, donde era posible fabricar los que ahora se denominan “falsos positivos” (en este caso, población civil que una vez muerta se contabiliza como bajas de guerrilla), donde están los que no importan. *Ixcán: Masacres y sobrevivencia* revela que no sólo importa el contexto de represión, sino las condiciones de la impunidad, de lo tolerable, que golpearon sin distinción de nivel económico, educación, edad, afiliación partidaria. No tenía que distinguir: eran todos indígenas. Por eso en algunas aldeas murieron más los desprevenidos e inocuos: carismáticos, afiliados a partidos de la derecha, los convencidos de que el ejército no les haría daño porque “el que nada debe nada teme”, como dice desde ultratumba alguna de las víctimas a través de los testigos que lo recuerdan. Pero cada línea de este libro desnuda la turbadora realidad de que sí tenían una deuda: el pecado original de ser mayas.

La Guatemala que presume del borrón y cuenta nueva revitaliza el racismo y el distanciamiento que hizo posible vivir a espaldas de las masacres en forma de apartheid social, es decir, de segregación social de los excluidos por obra de una

cartografía urbana segmentada en zonas salvajes y zonas civilizadas (de Sousa Santos, 2006, p. 259), estas con sus condominios cerrados y autosuficientes, las otras con sus maras y su hacinamiento. Aquí hay un manchón y cuenta vieja al que este libro espeta verdades inquietantes.

El libro no sólo contiene el horror de las masacres. También están presentes los vigos que generaron la resistencia, un término harto polisémico que se metamorfosea a lo largo de los relatos y el análisis: resistir es meramente sobrevivir cuando el objetivo es eliminar a una población, pero resistir es también ocultamiento, disimulo ante los soldados, exagerar el número y pertrechos militares de la guerrilla, hacer posta, e incluye acciones más agresivas como colocar postes para que los aviones del ejército no puedan aterrizar o instalar trampas. A esas formas de resistencia rinde homenaje este libro. Quizás para estimular otras en el presente.

Es posible que el régimen de Ríos Montt haya sido, en efecto, un parteaguas en las estrategias contrainsurgentes y que pusiera los primeros peldaños hacia otros mecanismos de dominación, como incluso analistas de izquierda han sostenido. Pero ese giro sólo cambió el altar donde se consuman los sacrificios humanos: las comunidades mayas ya no serían inmoladas en aras del dominio burgués, sino de la estabilidad y la democracia, que en definitiva son medios para un dominio burgués aparentemente más anuente a la construcción de consenso. La resistencia al nuevo altar puede ser un mensaje que este libro comunica al presente.



Ricardo Falla en la presentación de la obra.
Foto: José Luis Rocha

Presente del futuro

El presente del futuro es el futuro del libro que se avizora desde el presente: la expectativa presente de su futuro. Falla no oculta su anhelo de hablar para el futuro: “esperamos que sus ondas atraviesen generaciones en Guatemala y fronteras” (Falla, 2016, volumen 4b, p. 670). No sabemos cuán longevo será este libro. Ignoramos si sobrevivirá a los testigos que en él hablan y así prolongará su palabra, o si desaparecerá para emerger décadas o siglos después como los Anales de los kaqchikeles. Por lo pronto sabemos que está predicando a sus 30 años, como Jesucristo, después de tres décadas de vida oculta. Podemos situarlo miles de años después, como los libros de la historia Heródoto, que por cierto son nueve, el mismo número de los volúmenes de la serie “Al atardecer de la vida...”, que recopilan los escritos de Ricardo Falla hasta ahora inéditos o dispersos. Mi comparación con Heródoto no se debe tanto a que sus nueve libros de la historia narren numerosos genocidios. Tampoco a que estos contengan pasajes que parecen extraídos del libro de Falla: “...los de Eretria no tenían consejo sano... estaban divididos entre dos ideas. Unos pensaban abandonar la ciudad y retirarse a los riscos de Eubea, y otros, esperando del persa ventajas particulares, aparejaban la traición” (Heródoto, 1972, p. 360).

Por otra parte, como Heródoto, que durante milenios fue el más antropólogo de los historiadores, Falla salpica su narración con algunas reflexiones existenciales o alguna sentencia generalizadora sobre la condición humana: “Parece como ley de la guerra, entonces, que la vecindad de grandes éxitos conlleva el riesgo de grandes reveses (2016, volumen 4b, p. 685)”. Pero mi comparación con Heródoto no es un ejercicio de erudición. Tiene por objetivo desentrañar el modelo de historia en el que se inscribe este libro. El historiador alemán Reinhart Koselleck caracteriza el modelo histórico de Heródoto en contraste con el de Tucídides. En el segundo la historia es ante todo la historia del poder y de cómo se impone, sin atender al derecho ni la justicia. En Heródoto la historia lleva a la práctica una justicia que le es inherente y el historiador debe proceder como un juez que interroga a los mejores testigos y contrasta sus testimonios, y que también se interesa en la versión de la parte contraria para obtener un mejor conocimiento de los hechos. Heródoto creyó – como Falla muestra – que es legítimo tener un juicio sobre su objeto y habilitar al lector para lo que emita. La fiel transmisión de los hechos no está dissociada de la formulación de juicios, empezando por la caracterización como injusta de la guerra que el ejército libra contra el pueblo, un juicio que es piedra angular del estudio (Koselleck, 2011, pp. 21-24). Este doble sentido de justicia de Heródoto es practicado por Falla: el primer sentido concierne a los procedimientos para acopiar los hechos (contrastar, verificar, decantarse por lo más verosímil) y el segundo sentido se refiere a la justicia que ha de imponerse. En este segundo sentido Falla inscribe una de sus sentencias conclusivas: “La sangre siembra una planta que cosecharán otras generaciones” (Falla, 2016, volumen 4b, p. 637).

A ese segundo sentido aporta una reflexión sobre la finalidad de la historia: “Aunque no han pasado suficientes años para tener una perspectiva de largo plazo, es difícil, en este momento, afirmar que esta guerra popular fuera justa, dado el precio en sangre que supuso y los resultados más bien pobres de tanto sacrificio. Lo

cual no significa negar la utopía que se desplegó y la enorme imaginación colectiva que entró en juego para sobrevivir a la represión y resistir a ella” (Falla, 2016, 4b, p. 637). Esta cavilación puede resultar inquietante e incluso perturbadora porque supone que la justicia emana de los resultados de un proceso y no de su valor intrínseco. Si la afirmación se toma en un sentido político, puede llevar a pensar que no se debe emprender más lucha que aquella que de antemano podemos pronosticar como exitosa, y ese es un desatino sobre el que Marx –en defensa de la Comuna de París– se pronunció con un sarcasmo en una carta a su amigo el doctor Ludwig Kugelmann: “Desde luego, sería sumamente cómodo hacer la historia universal si sólo se emprendiera la lucha cuando todas las probabilidades fueran infaliblemente favorables. Por lo demás la historia sería totalmente mística si las ‘casualidades’ no desempeñaran en ella ningún papel” (Marx, 1975, p. 209). También Hannah Arendt observó que la pluralidad humana introduce un elemento de contingencia e indeterminación: las acciones de unos inciden sobre las de otros con la consecuencia de que los actores pueden conocer sus propias intenciones, pero se les escapa el significado de sus actos (Arendt, 1998, p. 192). Y también sus consecuencias. Sobre esta base, Arendt fue muy enfática en señalar que la reflexión teórica no tiene la finalidad de inspirar la acción. Su solución fue distinguir entre política e historia: la política es contingente y plagada de incertidumbre, no la historia, que es la visión de largo plazo.

Como Falla introduce su reflexión diciendo que “no han pasado suficientes años para tener una perspectiva de largo plazo”, creo que su afirmación se ubica en una dimensión histórica, pero en una historia de corto plazo: si la guerra fue justa o no es un veredicto reservado a la perspectiva de largo plazo que ahora no tenemos. Ponderando la historia desde un presente no tan lejano a ese pasado, Falla parece coincidir con Mario Payeras, que ya en 1987 –un año después de que Falla concluyera su *Ixcán: Masacres y sobrevivencia*– censuró la lucha armada a la que él mismo tanto había contribuido al concluir que “la violencia sólo se justifica cuando es todo un pueblo quien recurre a ella, como salida extrema” (Payeras, 2006). La valoración de Falla también se aproxima a la de Edelberto Torres-Rivas (2011, p. 251): “La voluntad frente a los hechos nos colocó, sin saberlo, a contrapelo de la historia. Fuimos revolucionarios a destiempo (...) Objetivos reformistas con actores armados y ánimo radical, nadando contra el flujo predecible de la corriente, de la dirección en que se movía el flujo universal de la historia”. Quizás se podría haber obrado de otra manera, atisbando el flujo para jugar con los dados cargados. No lo sabemos ni nos lo pueden aclarar estos tres autores porque el flujo cambia su rumbo con cada acción y porque por ese sendero reflexivo entramos al terreno de las casualidades. Los tres juicios son formulados amasando los materiales que la historia nos ha legado y la limitada atalaya del presente. Parecen coincidir con Arendt: “las revoluciones –lejos de acabar con la desgracia– sólo aceleran temiblemente el ritmo de su despliegue” (1995, p. 131).

Pero como esas casualidades forman parte de la historia –sin ellas, ésta sería totalmente mística–, Falla queda abierto a que una perspectiva de largo plazo encaje esas casualidades en un relato explicativo y ponderador. Falla pone una primera piedra de esa explicación cuando trata del envés de las masacres: las acciones de sobrevivencia. Porque en este texto de Falla la justicia no brota de un destino

ineluctable ni está garantizada por un oráculo, como en Heródoto, sino que brota de la voluntad de resistir y está garantizada por la cosecha que hagan otras generaciones. A ellas está reservado el juicio sobre la versión de la historia que prevalecerá. Para la formulación de ese juicio, o esos juicios elaborados en sucesivos presentes del futuro, este libro será una pieza fundamental porque “está bañado en lágrimas”: las de los testigos que vivieron este pasado, las del autor que tiene el coraje de narrarlos en el presente y las de quienes lo lean en el futuro.

Referencias bibliográficas

- Arendt, H. (1998). *The human condition*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Arendt, H. (1995). ¿Qué es política?. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Crespo, P. & Asier, A. (2013). *El rector, el coronel y el último decano comunista*. Guatemala: F&G Editores.
- de Sousa Santos, B. (2006). *Conocer desde el Sur: Para una cultura política emancipatoria*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales.
- Falla, R. (2016). Ixcán: Masacres y sobrevivencia. Guatemala 1982. *Al atarceder de la vida... Escritos de Ricardo Falla, sj, Volumen 4-a*. Guatemala: VRIP, AVANCSO, Editorial Universitaria-Universidad San Carlos de Guatemala.
- Falla, R. (2016). Ixcán: Masacres y sobrevivencia. Guatemala 1982. *Al atarceder de la vida... Escritos de Ricardo Falla, sj, Volumen 4-b*. Guatemala: VRIP, AVANCSO, Editorial Universitaria-Universidad San Carlos de Guatemala.
- Falla, R. (2015). La investigación cualitativa y el enfrentamiento armado en Guatemala. *Ciencias sociales y Humanidades*, 2, (1), 89.
- Falla, R. (2006). *Historia de un gran amor*. Guatemala: Ediciones San Pablo.
- Falla, R. (1983). Genocidio en Guatemala. *Tribunal Permanente de los Pueblos. Sesión Guatemala: 177-237*, Madrid, 27-31 enero. Madrid: IEPALA.
- Febvre, L. (1982). *Combates por la historia*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Figuroa Ibarra, C. (2011). *El recurso del miedo. Estado y terror en Guatemala*. Guatemala: F&G Editores.
- Furet, F. (1980). *Pensar la Revolución Francesa*. Barcelona: Ediciones Petrel.
- Heródoto. (1972). *Los nueve libros de la historia*. New York: W.M.Jackson, Inc.
- Hobsbawm, E. J. (1990). *Echoes of the Marseillaise: Two Centuries Look Back on the French Revolution*. New Bruswich, New Jersey: Rutgers University Press.
- Koselleck, R. (2011). Historia, derecho y justicia. *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Le Bot, Y. (1995). *La guerra en tierras mayas. Comunidad, violencia y modernidad en Guatemala (1970-1992)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lewis O'Neill, K. (2009). *City of God: Christian Citizenship in Postwar Guatemala*. Berkeley: University of California Press.
- Marx, C. (1975). *Cartas a Kugelmann*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- McPhee, P. (2012). *Robespierre: A Revolutionary Life*. New Haven and London: Yale University Press.
- Palencia, S. (2016). Prólogo. En R. Falla: *Ixcán: Masacres y sobrevivencia*. Guatemala

- 1982, *Al atarceder de la vida... Escritos de Ricardo Falla, sj, Volumen 4-a.* (pp.XXIII-XXXIV). Guatemala: VRIP, AVANCSO, Editorial Universitaria-Universidad San Carlos de Guatemala.
- Payeras, M. (2006). *El trueno en la ciudad.* Guatemala: Ediciones del Pensativo.
- Preston, P. (2013). *La Guerra Civil española: Reacción, revolución y venganza.* Barcelona: Debolsillo.
- Sabino, C. (2008). *Guatemala, la historia silenciada (1944-1989), Tomo II. El dominó que no cayó.* Guatemala: Fondo de Cultura Económica.
- San Agustín (1957). *Confesiones.* Libro XI, capítulo XX. Madrid: Editorial Aguilar.
- Sanford, V. (2004). *Buried Secrets: Truth and Human Rights in Guatemala.* New York: Palgrave Macmillan.
- Torres-Rivas, E. (2011). *Revoluciones sin cambios revolucionarios: Ensayos sobre la crisis en Centroamérica.* Guatemala: F&G Editores.
- Vela Castañeda, M. (2014). *Los pelotones de la muerte: La construcción de los perpetradores del genocidio guatemalteco.* México: El Colegio de México.
- Zinn, H. (2002). *You Can't Be Neutral on a Moving Train: A Personal History of Our Times.* Boston: Beacon.
- Žižek, S. (2010). *Virtud y terror.* Madrid: Ediciones Akal.